

Reportaje

Ecología y vida humana Dr. Rafael Polanco Delgado

Crisis

Con harta frecuencia nos llegan noticias de que en alguna parte del globo ha ocurrido alguna catástrofe, es decir algún hecho imprevisto y paradójico que cobra casi siempre en forma sorpresiva, a veces en escasos minutos, cientos y tal vez cientos de miles de vidas humanas sin contar los daños materiales. Es ahora cuando nos estamos percatando, de que nuestro planeta tierra se encuentra seriamente enfermo.

Ante esta preocupante situación nació el concepto de “ecología” como rama de la biología dedicada al estudio de las relaciones recíprocas entre el medio ambiente y los organismos, concepto formulado ya en 1869 por el zoólogo alemán Ernst Haeckel.

El hombre contamina la atmósfera y las aguas de ríos y mares, da pie a grandes incendios forestales, destruimos por doquier flora y fauna y arriesgamos las consecuencias incalculables de una posible guerra nuclear. El planeta responde a esas agresiones con severas alteraciones meteorológicas, plagas, inundaciones, movimientos sísmicos en la tierra o en el mar, colapso de la pesca, aparición de nuevas enfermedades, creciente escasez de agua potable, desertificación alarmante y un largo y desastroso etcétera.

Por ejemplo, en los importantes cambios climáticos influyen alteraciones en la composición química de la atmósfera, originados por el consumo exagerado de carburantes fósiles. Los gases contaminantes, sobre todo el anhídrido carbónico, permanecen a elevadas alturas almacenando calor solar con el resultado de un paulatino calentamiento de la tierra, el cual a su vez influye ampliamente en los períodos de lluvia y sequías, en los movimientos del aire, en los deshielos polares y glaciares, etcétera. Sin duda, nos encontramos ante un creciente deterioro de nuestro hábitat, que hace cada vez más precaria su habitabilidad.

Causas

Pero toda esta problemática se debe a un largo lastre espiritual que arrastra la humanidad. Tras el racionalismo, el hombre se ilusionó con el positivismo naturalista desplegado entre los siglos XIX y XX, y más tarde, en este “posmodernismo” se ha afianzado no sin obstáculos como estilo de vida, un capitalismo entusiasta y radicalmente materialista con variadas características peculiares como la descarada explotación de la naturaleza y de los débiles, la acumulación de riquezas en grandes consorcios transnacionales, el consumismo, la destrucción y el desprecio de los valores propios de las cosas ya que éstas sólo son lo que económicamente valen, la dilución o el soslayo de las escalas de valores sustituyendo la calidad por la cantidad, al fondo por la forma y a la esencia por la apariencia, la creciente despersonalización debida a la objetivación de la existencia (servidumbre del hombre a las cosas), reemplazo del humanismo por el realismo, y otros aspectos. Esta manera de ver el mundo nos invita a olvidar el “paraíso perdido” al principio de los tiempos, para suponer que ya andamos merodeando en los alrededores de un “paraíso esperado”, convencidos de que el hombre puede manipular a su antojo y obviamente en su propio beneficio, todos los recursos de la tierra y pasado mañana también los de algún que otro planeta vecino.

Entre Escila y Caribdis

De ahí que nos encontremos ante una confrontación entre el pequeño grupo de países muy ricos y poderosos, que parecen disfrutar sin restricciones de todo lo que está a su alcance, sin importarles los riesgos a mediano o largo plazo y que intenta defender además de su producto interno bruto, sus privilegios que ellos mismos se otorgan, frente a la gran mayoría de países débiles, es decir, menos industrializados o subdesarrollados, los cuales se ven presionados y en la necesidad de abaratar sus mermados recursos aún disponibles.

Lamentablemente la filosofía de los depredadores está prevaleciendo, so pretexto de abrir camino a algo que se llama “progreso” a costa de un desastre ecológico en detrimento de la calidad de vida global. Sin duda alguna, Circe no anda lejos.

Actualmente podemos discernir entre el poderío que a la humanidad brinda el gigantesco tecnicismo alcanzado, cada día más eficiente y la perplejidad inherente a la confusión, desorientación y desasosiego del hombre que se siente incapaz de digerir, es decir ordenar, jerarquizar y ubicar en forma prudente y adecuada la ingente información disponible.

En este contexto han surgido como reacción diversos movimientos, entre ellos los “místicos” que buscan luz entre la avalancha de conocimientos, por ejemplo en la llamada “ecología profunda”, la igualdad biocéntrica con una peculiar “biofilosofía” que coloca en el mismo plano a todos los seres vivientes, o en el “panteísmo naturalista” que intenta borrar de una conciencia cósmica la diferencia entre el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu, Dios y el universo.

Sensato usufructo

En el comienzo, Dios único, omnipotente y eterno, creó el universo organizado, y todo lo creado se hace realidad por orden creciente de dignidad ocupando la cúspide el hombre, imagen de Dios y por voluntad de Él, rey pero no malversador de la creación.

La tierra, las aguas y la atmósfera, es decir todos los ecosistemas que nos rodean son bienes comunes. Un bien común implica comunidad y todos los humanos poseemos los mismos derechos y deberes con respecto a esos bienes. Como respuesta a la Creación, el hombre tiene la responsabilidad, participando en la biodiversidad, en su conservación y en su natural desarrollo. Los miembros de la familia humana dependemos de estas fuerzas vitales, de estos regalos que Dios puso a nuestra disposición: destruir o deteriorar a la naturaleza es atentar a la voluntad divina.

No es posible que potencias económicas o políticas determinadas alteren ese equilibrio o pretendan adueñarse de ella, ya que todos los países de la tierra son corresponsables de ella. Para controlar las consecuencias negativas de concretas formas de actuar no nos queda otra instancia que admitir y fortalecer el concepto del bien común y luchar por el mismo, si aún hay tiempo, mediante la más estrecha colaboración de gobiernos, sociedad civil y empresas.

Como escribía el “salvaje” Gran Jefe Seattle en 1855 en su extraordinaria carta al Gran Jefe Blanco de Washington (Pres. Franklin Pierce): “...Todas las cosas están relacionadas entre sí... Lo que afecta a la Madre Tierra, afectará también a todos sus hijos...dañar la tierra significa despreciar a su Creador...Continuad ensuciando vuestro lecho y una noche moriréis asfixiados por vuestros propios excrementos....”.